

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 21 MAYO 1898. NÚM. 21

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

¡A QUITARLE LA BANDERA!

Piistas y salmeronianos procuran desviar las corrientes de opinión que van hacia Castelar. Están en su derecho.

Lo que no intentan, cumpliendo así su deber, es desviar esas corrientes lanzándose al campo con sus huestes aguerridas Pi, y Salmerón haciendo en el Congreso afirmaciones conservadoras de tal empuje, que Castelar resulte á su lado feroz anarquista.

De esta manera nos uniríamos al primero todos los revolucionarios, y se agruparían alrededor del segundo cuantos creen de buena fe en el triunfo de las ideas por la evolución.

Háganlo, y la política republicana entrará por nuevos derroteros.

Dóime á pensar en ambas soluciones, y me electrizo pensando en Pi á caballo, al frente de sus leales, tocado con el gorro frigio, echando llamas por los ojos, en alto el poderoso brazo que blande con brío la espada ansiosa de perder su virginidad, meterse á galope entre las filas de los defensores de la monarquía, destrozándolo todo, asolando la llanura, llenando de cadáveres el barranco, escalando el monte; ora entrando á sangre y fuego en un pueblo, que abandona al poco rato dejando establecido un municipio sinalagmático; ora asaltando una ciudad, de la que sale dejando organizada una región conmutativa, para, después de mil heroicidades eclipsadoras de las legendarias, entrar en Madrid al son de himnos marciales, oprimiendo los hijares de fogoso bruto, aclamado desde ventanas, balcones y tejados por las multitudes bilaterales, cayendo al apearse en hombros de hermosas doncellas vestidas de blanco que lo conducen, sin que toque el suelo, al principal del ministerio de la Gobernación que tan hermosos recuerdos conserva de su aptitud para la ciencia del gobernar, donde le aguardan prosternados para alcanzar la honra inmensa de que les ponga la vencedora planta sobre el cuello, arzobispos y capitanes generales, nobles de añeja cepa y millonarios de nuevo cuño, y un camarero del Oriental con un café con media tostada, de aquellos célebres que tomar solía en los benditos tiempos que encontraba cien traidores por cada republicano leal.

Después, y sin despojarse de los arreos de batallar, coger con la mano que empuñó la espada, tinta aún en sangre servil, el bisturí, que no pluma, del revolucionario, y en seis ú ocho decretos poner lo de abajo arriba, reparar todas las injusticias, abrir, en suma, la caja de Pandora de todos los bienes, y repartirlos pródigamente entre los hasta hoy oprimidos, explotados, hambrientos...

Haga esto el señor Pi, y la opinión revolucionaria irá hacia él con la fuerza y el ímpe-

tu que las cataratas de la montaña se lanzan sobre los valles...

Desate el Sr. Salmerón su voz elocuente en el Congreso, prometiendo *garantizar todos los intereses creados y respetar todos los derechos adquiridos* cual lo ha hecho en discursos al por menor; abjure allí, refrendándolo al día siguiente en la catedral, de sus errores filosóficos y religiosos; ofrezca restablecer la unidad católica con sus correspondientes quemas de herejes, abolir todas las conquistas democráticas, suprimir las universidades, no dar descanso á la horca, resucitar los emplumamientos, elegir sus ministros de entre los frailes, quemar en la plaza pública, con sus autores si existen, cuantos libros señale como pecaminosos la censura eclesiástica; llevar, si fuere preciso, al hombro la leña para quemar en auto de fe á su propio hijo; eclipse, en fin, á cuantos Nitard y Calomardes fueron...

Y verá cómo dejan á Castelar, y hasta á Pidal, y hasta á don Carlos, las clases conservadoras porque él tanto suspira, como dejan siempre todos los mortales lo bueno por lo mejor...

Y entonces Castelar, reaccionario ante las muchedumbres de Pi, revolucionario ante los privilegiados de Salmerón, perderá en un segundo las simpatías que hoy tiene, mucho más si se considera que él aguarda á que la montaña vaya á él, mientras Salmerón y Pi, sabedores de que la política es movimiento, es acción, iban denodados y valerosos á la montaña.

Pero si nada hacen; si permanecen estancados en el charco de ranas incautas que cantaron con tan escaso provecho para la República el 73; si el uno continúa siendo demagogo honorario que hace reír, y el otro conservador revolucionario que hace llorar; si ninguno inspira confianza á los mismos que están conformes con lo que aparentan defender, resignense á sufrir el castigo de sus muchas faltas, de sus grandes errores, viendo que la República la trae, y ayudado por republicanos revolucionarios y por republicanos conservadores, el que todos hemos censurado, y con justicia, por no haber hecho antes de ahora nada para que viniese.

Si Pi y Salmerón la hubieran traído, dicho se está que para nada habrían contado con él: á pesar de sus profecías y á pesar de sus desdenes, ellos habrían triunfado. Pero siendo lo contrario ¿qué argumento podrán oponerle cuando les diga: «yo he establecido sin vosotros en dos meses lo que vosotros no habéis podido implantar sin mí en 25 años? Luego, ó yo solo valgo más que vosotros juntos, ó vosotros no habéis querido devolverle al pueblo lo que por culpa de todos le fué arrebatado.»

Y demostrado que nada es tan fácil como desviar de Castelar las corrientes de opinión, á ello, señor Pi, sublevándose; á ello, señor Salmerón, acentuando la nota reaccionaria. Pero si no lo hacen ustedes, á resignarse. Nada más ridículo que la indignación impotente.

JOSÉ NAKENS.

¡ABAJO LOS PROGRAMAS!

Hay quien sostiene ¡en estos instantes! que es necesario mantenerlos, no precisamente para derribar la monarquía, sino para lo que venga después.

La afirmación, por tener de todo, hasta gracia tiene. ¡Lo que venga después! Cualquiera puede profetizarlo.

Y no es que yo dude ni por un instante de

la eficacia de los programas. Pero pregunto: «si todos son buenos, casi infalibles, ¿cuál vamos á preferir? ¿Cuál de ellos debe ser elegido por más práctico, más viable, más oportuno?—¡El mío!—contestará cada fracción y aun cada individuo que se permita el lujo de tenerlo.

Y cátenos siempre en el mismo círculo vicioso. El que cree que el suyo es el mejor, no debe ceder, so pena de inconsecuencia; y no cediendo ninguno, el diablo que adivine cómo vamos á entendernos.

¡Los programas! Parece mentira que todavía haya quien no esté convencido de que no sirven hoy para nada, como no sea para dividir. Si sirvieran, ha tiempo que hubiera venido la República. ¡Apenas le hemos dado programas al país, aderezados en todas las formas y servidos con todas las salsas, sin que nos haya hecho maldito el caso!

Y por cierto que, á causa de haberle dado tantos, el país no sabe ya á qué carta quedarse, ni qué es lo que le ofrecemos los republicanos. Y lo mismo que al país nos ocurre á todos.

Se necesita una memoria de las que no se usan, para recordar lo que cada fracción quiere y ofrece. Por mi parte, confieso que no sabría responder al que me preguntase: «¿en qué están los republicanos de acuerdo, y en qué no lo están?» Tal baturrillo de programas hemos hecho.

Por estas razones, y por muchas más, opino que hay que encerrar los dichosos programitas, no bajo siete, bajo setecientas llaves, y sustituirlos con éste, claro, expresivo y perfectamente realizable: «¡abajo todos los programas mientras haya monarquía!»

¿Y después? Si no es posible determinar lo que va á pasar dentro de una hora, ¿vamos á adivinar lo que sucederá después de venir la República?

Con tal que pase lo contrario de lo que ocurre hoy, el país saldrá ganando en moralidad, en vergüenza, en dignidad, en justicia y hasta en dinero.

EL SALTO DEL TAPÓN

Es de lo que se trata ahora.

«¡El antiguo partido federal!... ¡El glorioso partido progresista!... ¡El programa de éste!... ¡Los principios de aquél! ¡El dogma tal!... ¡El credo cual!... ¡El sabio fulano!... ¡El elocuente zutano!...»

Todo eso es hermoso y á veces justo, pero pasado de moda; sobre todo, no sirve para traer la República. Veinticinco años dan fe.

Querer á estas alturas mantener partidos inútiles, y prestigios desacreditados ó nulos, equivale á continuar incapacitados para encargarnos del poder. Pero hay otra razón para que no sigamos así: la de que, el día que venga la República, sea en la forma que sea, se formarán organismos nuevos y poderosos que darán al traste con los restos raquíticos de los actuales. Y toda esa balumba de nombres, federalismo, progresismo, fusión, no podrán subsistir si no á condición de renunciar á casi todo lo que ahora significan ó pretenden significar.

¿Quiénes oponen verdaderamente resistencia á la disolución de los organismos republicanos que aún aletean? ¿Es Pi? ¿Es Esquerdo? No; son los que están á su lado, los que han llegado por efecto del atomismo de las fracciones á desempeñar cargos en que nunca pudieron soñar; temen no ser nada confundidos entre todos, y prefieren continuar de cabezas de ratón. Creo que algunos se equivocan, pues les sobran condiciones para distinguirse en escenario más

grande; pero si ellos tienen de sí tan pequeña idea ¿qué vamos á hacerle los demás, ni por qué ha de pagar esa culpa el partido republicano?

Lo que hoy á éste le conviene es que desaparezca la monarquía, que salte el tapón. Si después de realizado, no sabe ó no puede sacar las debidas ventajas del cambio, si no se impone por su buen sentido, por su fuerza, ó por su audacia en los primeros instantes, ó no utiliza después en provecho propio y bien de la patria los medios legales de que disponga, esto únicamente demostrará que se halla tan postrado, que es preciso que desaparezcan todos los organismos y todos los hombres hoy en juego para que se incorpore y se imponga.

NUEVO RUEGO

En Noviembre de 1896 pregunté en carta al señor Salmerón si había variado de modo de pensar acerca de la aplicación de la pena de muerte cuando el Código Militar lo exigiera, diciéndole entre otras cosas:

«La cuestión es de capitalísima importancia; y como la pregunta no se la hago al filósofo sino al hombre de Estado, escuso aducir razones en apoyo de lo que yo creo: que debe aplicarse, que no hay más remedio que aplicarla.

El día que abandonó usted el poder por no hacerlo, mereció alabanza como pensador; murió como estadista. Un país no se entrega en manos de un hombre que rehuye, cuando se trata de salvarle, el cumplimiento de un deber, triste, doloroso, pero deber al fin.

Urge demostrar que se equivocan, y que no han sido para usted perdidas las enseñanzas de la experiencia; es necesario que no siga usted por más tiempo en contradicción consigo mismo, defendiendo el procedimiento de fuerza, que ha de causar víctimas, para traer la República, y oponiéndose en cambio á que se fusile al soldado que falte á la disciplina.

La preocupación constante en usted ha sido y es inspirar confianza á las clases conservadoras. Ninguna promesa ni ningún acto suyo influiría en ellas tanto como la declaración categórica de que no se detendrá ante ningún escrúpulo, de conciencia ni de escuela, el día que sea preciso cumplir un fallo de los tribunales militares.

Señor Salmerón: el momento es decisivo, y su declaración esperada con verdadera ansiedad; el carlismo ha de procurar, si ya no lo está haciendo, atraerse el elemento militar, dándole á entender que la República no garantizaría su existencia. Hable usted, y desmienta con su poderosa palabra esa afirmación.

A cada paso, siempre que habla, siempre que escribe, encarece usted á los republicanos la disciplina. Declare que hará cumplir la ley para que se mantenga en el ejército, y no habrá prestado ni podrá prestar servicio mayor á la República, á la patria, y á su fama de hombre de gobierno.»

El señor Salmerón, que había tenido la atención de contestar poco antes á otra carta de menos importancia que le dirigí, no la tuvo entonces.

La Justicia, órgano del centralismo, dijo: «El señor Salmerón no contesta, no puede contestar en estos momentos á esas preguntas;» añadiendo por cuenta propia algo que podía traducirse en sentido favorable á la aplicación de la pena, por lo cual felicité á La Justicia y al señor Salmerón.

Los momentos aquellos pasaron; los actuales son de gravedad suma; ¿se dignaría ahora el señor Salmerón, bien aprovechando un incidente cualquiera en el Congreso, bien en carta á la prensa, afirmar rotundamente que aplicará la pena de muerte desde el poder?

Desconfían de él los militares, casi tanto como de Pi, que ya es desconfiar. ¿Por qué no hace esa declaración, hoy más oportuna aun que cuando yo le excité á hacerla, y prestará á la República un servicio mayor que pronunciando en el Congreso cien elocuentísimos discursos?

Interrogue á su conciencia, y de seguro que le dirá: «habla, y claro.»

RATIFICACIÓN

Un republicano que filosofa (la peor casta de

políticos) dicenme que ha extrañado mucho que yo me haya puesto al lado de Castelar.

¿Cree ese republicano que voy á contradecirle? Todo lo contrario. Estoy de todo en todo conforme con él. Se ha necesitado, efectivamente, que el desquiciamiento sea completo, para que yo, demagogo que sería anarquista si no tuviera la convicción de que el anarquismo (no los desdichados instrumentos que tiran las bombas) es una sangrienta sucursal del jesuitismo, yo le haya rogado á Castelar que traiga la República, poniéndome á sus órdenes para esto.

Rubor deberían sentir nuestros importantes, de ver que los republicanos revolucionarios no encontremos en otro hombre civil que en Castelar suficiente garantía para reventar al carlismo que ha resucitado, crecido y se ha desarrollado merced á la política infame y artera de los restauradores, secundada eficazmente por los republicanos que mandan sus hijos á los colegios de jesuitas, y por los que nada eficaz han hecho para acabar con la restauración.

Mas para no perder tiempo en ridículos ti-quismiquis, diré de una vez para siempre:

Por traer la República, me pondría, no ya á las órdenes de un general, de un cabo; no de Castelar, de un republicano oscuro... Tan resuelto estoy á transigir en esto, que hasta me pondría á las órdenes de Salmerón, á las de Pi, y ¡allá va el resto! hasta á las de Azcárate.... ¿Estaré resuelto á hacer sacrificios porque la República venga?

Por lo demás, nunca llevé marca de fábrica ni perdí mi personalidad confundíendome con el rebaño de imbéciles, ó de borregos que, como dijo con mucha gracia y más razón Bonafoux «pasan berreando sin saber por qué berrean.» Donde quiera que voy llevo mi personalidad, y un prestigio mayor del que nadie pudiera darme, prestigio ganado en la ruda lid que he sostenido olfateando incapaces y combatiendo fantoches.

VAMOS HABLANDO CLARO

Un periódico republicano, pero ante todo federal, de Barcelona, con lo cual queda juzgado su republicanismo, se indigna por la actitud de los republicanos españoles que vuelven los ojos á Castelar como la única esperanza de salvación para la libertad y para la patria.

Hace mal en enfadarse La Autonomía, pues ese es el periódico aludido, y diré por qué.

Primero; porque la gente creará, con razón, que esas indignaciones son gritos de una conciencia intranquila, voces del remordimiento ó manifestaciones del despecho ó de la envidia.

Segundo; porque todos los sofismas del mundo no pueden nada contra la lógica brutal de los hechos, y existe un hecho de una fuerza incontrastable: el de que nuestros jefes, que no supieron conservar ni organizar una república que se les vino, como quien dice, á la boca, no han sabido reconquistarla en veinticinco años, y eso que ni de propósito se les hubieran presentado ocasiones como las que en ese largo período les han ofrecido las torpezas de los monárquicos y aun el azar mismo. Eso sí, se han dado en la oposición la misma maña que se dieron en el gobierno para desquiciar, debilitar y anular las poderosas fuerzas republicanas, remachando así la demostración de su incapacidad como gobernantes y como políticos.

Tercero; porque todos los argumentos contra la actitud que de tal modo revuelve la bilispiesta, se vuelven contra los que los emplean.

«Mentira y sueño y locura parece que tal suceda;» así exclama en el colmo de la indignación La Autonomía. Y á renglón seguido la emprende con Castelar hasta no dejarle hueso sano, ejercicio en el que Pi ha sabido adiestrar á sus adeptos.

Esto no es extraño, por lo que he dicho antes. Muchas veces Pi ha asegurado que los republicanos no federales eran mayores enemigos suyos que los mismos monárquicos. Es natural:

los republicanos no pueden ser á la vez monárquicos, y los que son ante todo federales, como los parciales de Pi, sí. Son republicanos *per accidens*, que diría Pidal, y por consiguiente podían sumar sus fuerzas hasta con las de los carlistas, si don Carlos se allanara á extender á todas las regiones los fueros vascongados volviéndonos á los reinos de taifas, cosa por la que no puede pasar ningún republicano de veras, federal ó no federal, con tal que ante todo sea republicano.

Castelar será todo lo que La Autonomía quiera; rebájelo cuanto guste, que nada le regatearemos. Cuanto más rebaje esa figura, única que se destaca con poderoso relieve de político entre la turba multa de personajes inverosímiles, de reputaciones falsas, de falsos caracteres del campo republicano, más se rebajarán los jefes que hemos padecido durante esta larga peregrinación por el desierto de nuestras esperanzas, que más bien ha sido calvario; porque ¿á que altura estarán todos esos caudillos cuando los republicanos tienen que acudir al que han combatido tanto?

Y además, en el naufragio que nos amenaza ¿á quien íbamos á volver los ojos?

¿A Pi, que hacía una política aparente en el gobierno y en la Asamblea, y otra á espaldas de sus compañeros en favor de los sublevados cantonales? ¿A Pi, cuya labor se ha reducido desde 1874 á estorbar ó á malograr la acción de los demás partidos y á abrir abismos entre los republicanos? ¿A Pi, sectario implacable que prefiere la monarquía á la república si no se la dan ya adobada y todo á su gusto?

¿A Salmerón, el hombre de las filosofías ininteligibles, y de las incomprensibles actitudes, que un día declara piratas á sus propios correligionarios, y otro se desprende de la carga del poder alegando escrúpulos de conciencia que no le impidieron ayudar al gobierno de Castelar para que aplicase la pena de muerte, ni traicionarle después, contribuyendo al 3 de Enero?

¡Ah, sí! Es muy triste que esto suceda, que los republicanos tengan que hacer lo que hacen; pero lo hacen porque en 25 años de tristes experiencias han aprendido que el año 1873 no hubo más que un hombre que supo salvar la patria y allegar elementos para evitar el naufragio de las libertades: Castelar; porque han aprendido que Castelar fué el único republicano previsor desde 1877; porque después de haber combatido á sangre y fuego sus procedimientos, todos los jefes han ido á remolque suyo; porque, en fin, si los que perdieron la República en 1874 no han podido restaurarla en 25 años, al cabo de los cuales sólo pueden exhibir como título una obra de destrucción de los republicanos, ¿qué garantías pueden ofrecer de que sabrían conservarla y consolidarla?

Todo esto será lo que se quiera; pero ante todo y sobre todo es la justa expiación de los jefes inverosímiles que un día levantamos sobre el pedestal de nuestra candidez. Y también la pena de nuestros irreflexivos é injustos entusiasmos, tan mal colocados.

UN FEDERAL.

UN RETRATO

Alto, esbelto, arrogante, la frente ancha, los ojos pequeños y muy vivos; la boca larga, de grandes comisuras y labios finos, boca de orador de oficio, muy trabajada en el difícil arte de matizar con tonos y sonidos aparentemente sinceros un raudal de elocuencia engendrado por el egoísmo y la liviandad en asqueroso maridaje...

Todo en él es correcto, elegante, delicado... No le sorprenderéis nunca en postura desgarrada, ni veréis un ademán suyo poco airoso, ni escuchándole tropezáreis con una falta prosódica... Su voz y su gesto parecen notas de un mismo pentágono y un mismo compás... La voz gime, y los brazos caen fingiendo dolor y desaliento; la voz se enardece, y los brazos se alzan al cielo demandando á Jehová; la voz tiembla conmovida, y los brazos se cruzan sobre el pecho, conteniendo los latidos del corazón, con el ademán

sublime del mártir que aguarda el zarpazo de la fiera que ha de devorarlo. ¡Ni un grito de dolor ó de rabia, ni un ademán descompuesto y viril!

No silba como Silvela, ni tiene el llanto varonil de gitano con que Maura nos extremece, ni el énfasis amenazador de Canalejas, ni la plácida monotonía, preñada de odios, de Gamazo, ni la fingida ira de Cos-Gayón... pero es artista, una Sarah Bernhardt con barbas grises y bigote largo y fino, bien cuidado; un precursor del estetismo, más neurótico y delicuescente que Oscar Wilde y D'Annunzio.

Su arte, su supremo arte es el narcisismo; debilidad ó vicio ó acaso virtud de todos los grandes hombres y todas las mujeres hermosas. Pero este nuestro esteta es narcisista en cuanto es hombre encumbrado y famoso, mas usa las narcisierías á la manera de las mujeres.

No puede decir: «¡Qué grande soy, qué talento tengo!» como lord Byron, ó como Mirabeau, ó como Castelar, que al contemplar y admirar su grandeza la veían á través de sus versos ó sus discursos inmortales. Este contempla en su espejo su figura carnal, como mujer enamorada de su belleza que acerca al cristal azogado su turgente seno desnudo, y en el espejo se ve alto, esbelto, arrogante, la barba gris y el bigote largo bien cuidado, la frente ancha, los ojos vivos, y mirándose se le esponja el corazón, donde su vanidad y su soberbia no caben, y se proclama modelo de la *eloquentia corporis* que Cicerón ensalzara.

El amor de sí mismas arrastra á las mujeres hermosas á fatales excesos y á degradaciones repugnantes, porque no hay tentación tan formidable ni traidora como la que se esconde en una luna de Venecia. Si San Antonio se hubiera mirado en un espejo, sólo para contemplar las huellas de la santidad en su rostro demacrado, hubiera caído por la admiración de su santidad misma en la mayor de las tribulaciones, porque su figura severa y pálida le hubiera parecido más hermosa que aquellas mujeres que el demonio á cada paso le ofrecía.

¿En qué horrendos satanismos no habrá caído nuestro orador, que es esbelto, que es arrogante, que tiene en su gentil apostura de hombre curvas femeninas y delicadezas infantiles?

El narcisismo le hizo vano, le hizo soberbio; engendró en su corazón el desprecio á los demás, porque los demás hombres no somos bellos, ni tenemos la voz melodiosa, ni el ademán airoso, ni hacemos de la boca un nido donde la mentira se acurruca empollando las que al día siguiente romperán su vuelo en el Congreso y en el Ateneo para enjaularse en el corazón de los inocentes y los incautos.

Y todo, cuanto toma y cuanto le dan, lo sacrifica al goce de su belleza, que él ama y admira, prostituido en sí mismo por un rabioso onanismo espiritual. ¡El amigo, el negocio de Estado, el acta, la credencial, la idea, el dogma, todo es para él fácil procedimiento de masturbación, degradando, manchándolo todo!

Sólo teme la violencia, individual ó colectiva; el insulto personal ó la guerra de dos naciones. ¡La paz le encanta, la paz le atrae!

¡Teme la guerra, del mismo modo que la virgen que estruja su seno desnudo ante el espejo y se ruece brutalmente en el insano amor de sí misma, teme y palidece ante la dulce y natural violencia del hombre que la ama!

(Del folleto *Gente Conocida*.)

¡EL COLMO!

Leo en un periódico carlista de Santander:

«Hace algunos días el Reverendo Padre Superior del convento de Dominicos de las Caldas dirigió una solicitud á S. M. la Reina por conducto del Gobernador militar de esta plaza, en la que se pretende que el Gobierno autorizase á la comunidad religiosa de dominicos para que pueda ir en nuestra escuadra llevando estandartes y una virgen que poseen y que fueron los mismos que llevó don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.

La patriótica solicitud á que nos referimos la envió el señor Gobernador militar á Madrid, como era el deseo del solicitante, y se encuentra aún sin resolver pues no tiene ninguna noticia la comunidad religiosa de las Caldas.

Nos consta que es grande la ansiedad con que los religiosos dominicos esperan la resolución del expediente que se haya instruido en virtud de sus pretensiones, las cuales merecen el general aplauso de todo el que se precie de verdadero español.

Urge, pues, que por quien corresponda, se haga cuanto sea posible para que se acelere el pronto despacho de aquella solicitud, y es de creer que el Go-

bierno de S. M. accederá al levantado y patriótico propósito de la Comunidad del convento de las Caldas.

Los elogios que ella merece son grandes; merced á su ofrecimiento ondearían en nuestra escuadra los estandartes de la cruz; y la Virgen, para cuya imagen se dispondrá un puesto de honor en uno de los buques, hará que la patria española alcance glorioso triunfo sobre la incalificable y criminal osadía de una nación ambiciosa que merece el desprecio de todas las que se tengan por civilizadas y cultas.»

He titulado este artículo *¡El colmo!* y me afirmo y ratifico.

Si; es el colmo del escándalo y del cinismo el que, *obedeciendo órdenes del propio don Carlos*, los frailes traten ya de profanar nuestros buques de guerra, posando en ellos su asquerosa planta.

En vez de proporcionar recursos á España para que pueda defenderse de sus enemigos y atacarlos, tratan de paralizar su heroico esfuerzo adormeciéndola con la falsa esperanza de que vírgenes y santos van á darnos un triunfo que sólo puede alcanzarse disponiendo de barcos y material de guerra á la altura del valor de nuestros marinos.

Es criminal lo que esa gente hace: no dan dinero para la guerra; retienen en sus madrigueras á millares de malos españoles que de esa manera se libran de correr sus riesgos; se enriquecen á costa del fanatismo de las infelices madres que tienen hijos allá, y por contra, y *obedeciendo á don Carlos*, procuran, repito, paralizar nuestra acción, pidiendo á lo alto el éxito que hay que demandar á los cañones y acorazados.

Es una manera eficaz de ayudar á los yanquis para que termine la guerra y el canalla del rey de los frailes, don Carlos, pueda pronto dar la orden á los suyos de que acaben con España.

A no ser porque la conducta verdaderamente española del ejército y la marina nos están rehabilitando ante nuestros propios ojos, sería cosa de preguntar: «¿Pero qué pueblo de idiotas ó de degradados es éste, que consiente burlas tan sangrientas?»

ÁNGELES DE BLANCAS TOCAS

La principal fuente de inspiración de la poesía cursi han sido y son las hermanas de la Caridad. Si el Estado hiciera pagar un impuesto á todo mentecato que ha amontonado ripios ó amasacotado prosa insípida para cantar á los *ángeles de la caridad*, á los *querubines de blancas tocas*, habríamos ya salido de apuros y tal vez á estas horas no existiera la Deuda pública.

¿Qué podría costarnos seguir corriente abajo por el río de la necedad, diciendo amén á todas las preocupaciones y prejuicios? Nada; antes bien, el pensar como todos, el repetir lo que todos dicen, el poner en los cuernos de la luna lo que el vulgo alaba, aunque en el interior cause risa, es conducta que siguen muchos, porque proporciona amigos y simpatías entre la gente que no se toma el trabajo de examinar las cosas.

Pero como nosotros escribimos siempre para decir la verdad, y tan amantes somos de ella que cuando tardamos en propalarla hasta nos hace daño dentro del cuerpo, hemos de decir lo que son las hermanas de la Caridad.

Reconocemos ante todo que esa institución femenil ha tenido cosas buenas. Algunos servicios han prestado esas hermanas en guerras epidemias, endulzando la desgracia con esos cuidados propios de la mujer, que cuando quiere es un portento de caridad.

Pero por estos rasgos sublimes, que son los menos, ¿se han de callar los abusos, que son los más? Tanto valdría que saliera por ahí un médico diciendo: «Es así que en la guerra de Cuba cuatro ó cinco médicos militares se han sacrificado por la patria peleando como unos héroes sin tener obligación de ello, y muriendo en el campo de batalla; luego la clase médica es infalible é indiscutible»... ¿Tendría esto sentido común?

Pues igual discurren los que al ser censuradas las hermanas de la Caridad por abusos y usurpación de atribuciones en los establecimientos benéficos, se sueltan por la cuerda romántica, recordando lo que algunas de aquellas han podido hacer en determinados momentos de peligro.

«¡No me toque usted las monjitas!» dicen muchos por ahí con indignación, parodiando el famoso ¡no me toque usted la Marina!

¿Qué es esto? Son tiempos los presentes de examen, de crítica, de fiscalización. En el orden político se discuten las instituciones; en el religioso se debate hasta la idea de Dios; en el económico se pone en tela de juicio la legitimidad de la propiedad; y cuando todo se analiza y se cuestiona ¿han de quedar inmunes, fuera de todo análisis, sagradas é intocables como la divinidad, unas monjas que realmente no son más que unas pobres mujeres tan faltas de cultura, tan expuestas á errores y á supersticiones y tan amigas de las comodidades como las demás?

Los que no quieren que se diga nada contra las monjas, son los reaccionarios de sanos y religiosos principios y mejores rentas; los que (en buena hora lo digan), no corren el peligro de ir á pasar una enfermedad en la cama del hospital, y por esto, para alardear de religiosidad barata, les parece muy bien que sigan allí las blancas tocas como efecto teatral y como argumento en pro de la caridad cristiana; esa caridad que de seguro está hace siglos provocando la risa de Jesús, si es que no le causa aquella indignación que animaba su brazo cuando expulsó á latigazo limpio los farsantes del templo.

Si esos honorables burgueses se vieran condenados á beber como caldo agua sucia, mientras en el refectorio monjil se devoran las buenas pechugas; si vieran pasar por la noche como rápidos fantasmas á las buenas hermanas, con el rosario recogido en el pecho para que no haga ruido y denuncie su presencia, evitándose así que las llamen los dolientes y les exijan cuidados; si se sintieran enfermos y en vez de ser atendidos por los ángeles de blancas tocas vieses que éstas, dejando la tarea principal á enfermeros y practicantes, se dedicaban al chismorreos y á las intriguillas para la dominación completa de la casa, con ese apasionamiento propio del celibato exento de otros cuidados y de la vida en comunidad, entonces es indudable que el egoísmo de su carácter se sublevaría, que serían los primeros en protestar.

Además, á los que á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno duermen como unos benditos, podría preguntárseles qué efecto les causaría si hallándose enfermos de gravedad fuese una hermanita angelical á sonarles junto á las orejas una campanilla tamaño como un cencerro para que despertasen y oyesen misa desde la cama; les preguntaríamos también qué intenso placer podría producirles hallándose con fiebre, tener que acompañar el rezo de las hermanas cada sesenta minutos, so pena de incurrir en su indignación y ser condenados en la comida á hueso perpétuo; y si les parece humanitario y cristiano que á las ocho de la noche, cuando un tuberculoso está cubierto de sudor y sus pobres miembros tiemblan con la calentura, llegue el querubín de blancas tocas con el caldero de fría agua bendita y en vista de que no tiene fuerzas para santiguarse le arroje á la cara como cruel puñalada una aspersión de frío líquido.

Y no queremos suponer que esas mujeres sean malas ni que lleven á cabo por perversidad tales despropósitos. Son mujeres como las demás; tienen tan buen corazón como pueda tenerlo cualquiera otra; pero proceden con rigidez mecánica; antes que enfermeras son monjas; les han enseñado que la salud del cuerpo no es nada, que lo que importa es el alma, y despreciando en el fondo á la ciencia, *enemiga de Dios*; frase que han oído muchas veces, sólo tienen cuidados para el enfermo cuando se tra-

ta de misas, de confesiones y de pulverizaciones de agua bendita, dejando los remedios materiales para los servidores ínfimos que bien pudieran llamarse de tocas abajo.

Este es el punto principal en todo lo referente á las hermanas de la Caridad. Lo repetimos, son religiosas y no enfermeras. Ligadas por votos solemnes á una institución, cuando sus deberes de comunidad se oponen á los de enfermera, abandonan éstos para seguir aquellos. Perderían su alma faltando al santo voto de obediencia y subordinación, y por esto, apenas suena la campana llamando al refectorio, al rezo, á la misa, abandonan al enfermo, así se halla en la agonía.

Esto admitiendo que se preocupen de los enfermos, tarea encomendada á enfermeros y enfermeras, pues lo que más les atrae á ellas es la cocina, la despensa, la administración, el mangoneo y el roce con los señores de fuera, empleados y médicos.

Además, esas santas mujeres á quienes el Hospital paga, no dependen de las autoridades, no tienen obligación alguna de obedecerlas; dependen directamente de Roma, y de allí únicamente pueden acatar las órdenes.

Que es, poco más ó menos, como si tú, lector, yo ó el de más allá, tomáramos á servicio una criada que nos dijera:

—Me mantendrá usted, me pagará á fin de mes, yo gobernaré su casa como me dé la gana, y mucho ojo con reñirme, pues usted no manda en mí. Mi amo es el de la casa de enfrente. ¿Puede admitirse un absurdo tal?

Pero todo esto, la farsa caritativa, que consiste en corretear las salas huyendo de los llamamientos de los enfermos, la manía de acapararlo todo y dirigirlo, la protección á los abastecedores que pueden dar gato por liebre con tal que no olviden los buenos bocados para las hermanas, los tormentos á que el fanatismo somete á los dolientes, todo resulta una bicoca comparado con el hecho inaudito de que esas santas mujeres, esos querubines de la caridad, después de enmarañar el régimen de los hospitales con sus caprichos, de impedir con sus imposiciones que exista una administración honrada y de comerse lo mejor ellas y sus favoritos, todavía cobran y tienen una caja aparte, remesando con frecuencia fondos á Roma.

¡Ángeles que cobran! ¡Querubines de la nómina! Esto sí que resulta un golpe de misticismo modernista.

Jamás las mujeres de los primeros tiempos del cristianismo percibieron un sextercio por cuidar á sus hermanos enfermos en el fondo de las catacumbas; las que con los ojos arrasados de lágrimas fueron á descolgar el cadáver de Jesús, y ungiéndolo con perfume lo llevaron al sepulcro envuelto en finas telas de lino, no sabemos que presentaran después la cuenta á los apóstoles; y de seguro que entre los ángeles que coraza al pecho y espada refulgente en mano rodean á Miguel, entre los de alas de oro y ropajes azules que revolotean en torno de María, y entre los rollizos querubines que suenan flautas y violas dirigidos por Santa Cecilia junto al trono del Altísimo, no hay ni uno que perciba cinco reales diarios, y doce céntimos para postres, que es el haber que por clasificación les corresponde á los ángeles de aquí abajo, además de las manos libres y de mandar como dueñas absolutas en la despensa, en la cocina, y en el edificio y hasta en la caja del Hospital.

¡Vaya con los angelitos de blancas tocas! ¡Y qué bobos son los del cielo comparados con los de la tierra!

BLASCO IBAÑEZ

COSILLAS

Ha publicado la *Gaceta* la cédula firmada por Groizard y dirigida á los arzobispos, obispos, priores, abades, etc. etc., para que se hagan rogativas en los templos con motivo de la guerra, pidiendo el triunfo de las armas espa-

ñolas ó en caso contrario la serenidad de ánimo para arrostrar las pruebas de la desgracia.

Vaya, menos mal. Así no queda mal la Providencia ni la Iglesia; ¿Vencemos? Pues *Te Deums* y funciones, y venga dinero para los curas. ¿Nos pegan? Pues funciones de desagravios, entierros, misas de *requiem* y... dinero para las sacristías.

Y así sucesivamente. Ellos ganando siempre.

«Puesto que sólo Dios es el árbitro de otorgar la victoria...»

Así dice el ministro Groizard en el documento antes citado.

Ahora lo comprendemos todo, como sucede siempre al final de todas las malas comedias.

El gobierno creía eso. Y es claro, no tenía para que cuidarse de lo demás.

Suponemos que á estas horas los yankis le habrán convencido de que los grandes cañones y los buenos acorazados son los verdaderos árbitros de la victoria, sobre todo en el mar.

Los obispos católicos de aquí, piden al cielo el triunfo de las armas españolas.

Los obispos católicos de allá, piden al cielo el triunfo de los yankis.

No dudo de que Dios es todopoderoso; pero como mi inteligencia es finita, juro que no se me alcanza la manera de que los obispos católicos yankis se salgan con la suya, á la vez que los obispos católicos españoles.

En fin, los cañones dirán.

No se ha tomado en cuenta en el Congreso una proposición de Romero Robledo, para que el papel de la Deuda tribute lo mismo que la agricultura.

Por este camino llegaremos pronto á mi ideal; ver los títulos de la Deuda envolviendo garbanzos y bacalao, único medio de que España pueda vivir.

Las Dominicales excita á Weyler, en nombre de la honradez política, á declarar si está con los republicanos ó con los carlistas, ó si no está con ninguno, debiendo en caso contrario retirarle sus simpatías cuantos amen aquella honradez.

Excitación inútil. Weyler no va á ninguna parte, y aun cuando quisiese ir no podría. Los cándidos republicanos que se empeñan en forjarle una leyenda, deben desistir ya de su empeño. La opinión se ríe de ellos y de él.

Propongo que se le suprima al apóstol Santiago la cantidad que anualmente cobra del presupuesto.

Si no se digna tirar de chafarote en esta ocasión ¿cuándo va á defendernos?

En el Congreso se han negado á rebajar ni un céntimo del presupuesto del clero.

Es el mejor procedimiento para que lleguemos pronto á suprimirlo del todo.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Los periódicos publican la lista de la distribución de donativos hecha con motivo del cumpleaños de don Alfonso.

El gobernador, para socorros á los pobres, ha recibido 500 pesetas, la sociedad protectora de los niños 125, y el instituto quirúrgico del doctor Rubio 1.000.

El resto, hasta 25.000, ha sido distribuido entre conventos, sociedades religiosas y escuelas católicas.

Reservo mi juicio hasta que averigüe cuál es el ministro responsable á quien este asunto corresponde.

El comandante del puerto de Almería ha dirigido una alocución á la gente de mar, terminando con un «viva Dios!»

De seguro que la gente de mar de aquel puerto, que precisamente se ha quedado sin trabajo á causa de la excesiva tributación impuesta por la menciona-

da autoridad á la carga de minerales, no se explicará que, para que viva Dios, sea necesario que á ellos se les sitie por hambre.

Dos rateros en Barcelona se apoderaron de la imagen de un santo expuesta en la tienda de un escultor, y huyeron con ella, después de cubrirla pudorosamente con la blusa de uno de ellos.

Otros, más listos, corrieron en su persecución y les quitaron el santo de las manos; después un municipal los llevó al juzgado de guardia. Ahora no falta más que el juez los envíe á presidio.

Y tenga usted devoción á los santos para eso.

Porque indudablemente, esos eran dos devotos.

Una sociedad coral de Mora de Ebro quiso oír una misa en cierta ermita, y se avistó al efecto con el cura.

Este se negó á celebrarla y á autorizar á otro para que la celebrase, diciendo: «Si voy con ustedes, los carlistas me censurarán.»

Esto supone cierto progreso en las costumbres; antes los carlistas estaban sometidos al clero; ahora es el clero el que está sometido á los carlistas.

También revela otra cosa muy importante, y es la estrecha unión y dependencia entre el carlismo y la teocracia; es decir, la confirmación de cuanto EL MOTÍN viene diciendo desde el primer día.

Si yo supiera el paradero del cura de Ortila, le preguntaría por su criada, á quien despidió hallándose próxima á dar á luz y que no quiso marcharse sin que la abonara 6.000 reales.

Pero como ha tenido por conveniente tomar las de Villadiego, me limito á formular mi deseo, por si alguno de los buenos amigos que tiene en aquel pueblo puede satisfacer la curiosidad que tan imprevista fuga ha producido en el vecindario.

Dispénsame el correligionario que me escribe desde Ortuella, si no le complace en lo de censurar al párroco de aquel pueblo porque se apodera en el confesonario de los secretos de todo el mundo y hace que los niños de las escuelas inviertan en procesiones el tiempo que debían emplear aprendiendo. El, cumple con su oficio.

Los que merecen censuras y algo más, son esos republicanos que le proporcionan ocasión enviando sus hijas al confesonario y entregando sus hijos á la enseñanza clerical. Y esos maestros que no acaban de tener la conciencia de su misión.

El dominio de la teocracia no es mas que la consecuencia de republicanos y maestros así.

Escenario: Un sitio oscuro y sospechoso en el Ferrol.

Protagonistas: un cura y un seglar.

Argumento: contundente.

Desenlace: el cura sale de estampía mugiendo como un toro con banderillas de fuego, y con las espaldas tan negras como la sotana.

Y nada más por ahora. Hasta que el estimado colega *La Voz del Obrero* nos facilite pormenores.

Celebraremos la pronta mejoría del presbítero, para poder repetir la representación que ha gustado mucha.

A ÚLTIMA HORA

Fernando Lozano, director de *Las Dominicales*, se halla en la Cárcel Modelo.

Los diputados republicanos están en el deber, que de seguro cumplirán, de procurar que salga de ella, puesto que no ha infringido ningún precepto que le ponga bajo la justicia militar.

Hasta que pueda pasar á verle, reciba un abrazo.

OBRA NUEVA

CRÍTICAS SOCIALES

RETRATOS

GENTE CONOCIDA

POR EL

Dr. Pedro Recio de Tirteafuera.

Precio: UNA PESETA

A los suscriptores de EL MOTÍN con el 25 por 100 de descuento.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.